

## UNA PEQUEÑA OBRA MAESTRA BRASILEÑA

La ignorancia casi desdeñosa en la que el lector medio hispanoamericano, inclusive el lector que se llama a sí mismo culto, ha vivido respecto a la literatura brasileña, es tan grande que ha llegado a parecer normal que un escritor del genio de Joaquín María Machado de Assis (1839-1908) esté completamente olvidado fuera de su país. Y, sin embargo, en toda la literatura hispanoamericana del siglo XIX es difícil encontrar obras que puedan compararse con las *Memorias posthumas de Bras Cubas* (1891) o *Dom Casmurro* (1899) del brasileño. A su lado sólo pueden ponerse monumentos como el *Martín Fierro* o toda la obra de José Martí; como prosista, su presencia casi vuelve inexistente a nuestro Ricardo Palma. Machado de Assis tiene todo el derecho de ser llamado un clásico de esta América y es nuestra vergüenza que sea un clásico ignorado. La literatura brasileña contemporánea está mereciendo apenas ahora una aceptable atención, tras largas décadas de indiferencia: a través de traducciones españolas se ha ido conociendo a Guimaraes Rosa, Jorge Amado, Clarice Lispector, Adonais Filho, Dalton Trevisan y otros; a través de antologías, a algunos de sus más importantes poetas. Pero todavía no ha comenzado la exhumación sistemática de la gran literatura brasileña del siglo XIX. Por eso la edición de una obra de Machado de Assis, aunque se trate sólo de un relato perteneciente a una colección de cuentos (*Papéis avulsos*, 1882), es un acontecimiento importante y novedoso. *El alienista* (1) se titula ese texto que ofrece una breve muestra de un talento narrativo excepcional.

*El alienista* es un impecable modelo del tipo de realismo que cultivaba el maestro brasileño: no precisamente el realismo naturalista, objetivo, pero, con frecuencia, superficial que dominó en su país hasta 1890, sino el realismo que en vez de repetir la realidad, la transfigura y eleva a niveles simbólicos y míticos. La convicción de que las leyes del arte y la vida no son las mismas, y de que la ilusión en realidad que busca la literatura es fruto de artificios y convenciones, es esencial para comprender la profundidad e intensidad del arte del escritor; en eso, el influjo de la novela francesa e inglesa que Machado conocía muy bien (Flaubert, Dickens, Sterne), y de las corrientes simbolista e impresionista en la narrativa y la poesía, fueron también determinantes. Pero los parentescos literarios que pueden establecerse con *El alienista* son múltiples: el primero que se le ocurre al lector es del *Quijote*, por el tema de la locura y la pugna de un hombre con su

---

(1) Barcelona, Tusquets Editor, 1974, 82 pp.

sociedad (aunque aquí las claves tienen el signo invertido), pero el texto también evoca la sátira sangrienta y a la vez imperturbable de un Swift y el estudio sobre la estupidez y el absurdo humano de *Bouvard et Pecuchet*, de Flaubert.

El relato se centra en un personaje de nombre altisonante y actitud prosopopéyica: el doctor Simón Bacamarte. Ya en las primeras líneas nos damos cuenta de que esa solemnidad es cómica: el médico explica su matrimonio con una mujer «ni bonita ni simpática», diciendo que «doña Evarista reunía condiciones fisiológicas y anatómicas de primer orden: digería con facilidad, dormía regularmente, tenía buen pulso y excelente vista. Era, pues, apta para darle hijos robustos, sanos e inteligentes» (p. 17). Los hijos, sin embargo, no llegan para el matrimonio y eso impulsa a Simón al estudio absorbente de la ciencia médica. Pronto descubre una horrible carencia, un peligrosísimo olvido en Itaguaí, su pueblo: no hay una casa de locos, nadie se ocupa de la patología mental. El protagonista decide subsanar esa deficiencia y funda un asilo que se llama la Casa Verde. En este caso, el remedio no sólo es peor que la enfermedad, sino que *fomenta* la enfermedad: la Casa Verde crea su propia dinámica y exige que los locos sean cada vez más numerosos. En verdad, ¿quién en el pueblo puede afirmar que *no* está loco? Para curarlos de tan insidioso mal, Bacamarte convierte a todos en locos, en una progresión grotesca, fatal; el rigor de la ciencia se convierte en una amenaza: «El terror se acentuó. No se sabía quién estaba sano ni quién estaba loco. Las mujeres, cuando salían los maridos, mandaban encender una lamparilla a la Virgen; y no todos los maridos eran valientes, algunos no salían sin uno o dos criados. Positivamente, era el terror. El que podía emigraba» (página 44).

El pavor estimula una rebelión popular, que dirige el barbero Porfirio, cuyo objetivo es destruir la Casa Verde. Lo irónico, lo sorprendente, es que la rebelión triunfante, una vez convertida en nuevo Gobierno, no logra vencer el poder del establecimiento médico. Además, la lucha ha sido cruenta, ha habido muertos y heridos, violencia y traiciones: ¿qué mejor prueba de que el gobierno también está loco, de que la Casa Verde es más necesaria que nunca? El fanatismo seudocientífico de Bacamarte convierte el asunto político en un caso clínico. Este *crescendo* de distorsiones, este vertiginoso juego de apariencias y realidades, llega a un límite extremo: el médico interna a su propia esposa.

Después de eso el autor nos reserva todavía dos apoteosis, ambas inesperadas y tragicómicas. Siempre consecuente con la búsqueda de

la verdad, Bacamarte saca una conclusión extraviada y a la vez inevitable tras el terror que ha desatado: los locos *son* los cuerdos, los forzados inquilinos de la Casa Verde deben salir libres y, en cambio, el resto de ciudadanos de Itaguaí debe ser inmediatamente recluido. El orden que ocuparán éstos en el asilo se basa en el rasgo que mejor manifiesta su normalidad: «Se hizo una galería de modestos, es decir, los locos en los que predominaba esta perfección moral; otra de tolerantes, otra de verídicos, otra de leales, otra de magnánimos, otra de sagaces, otra de sinceros, etc.» (p. 75). La mordacidad crítica con la que Machado contempla el mundo de los hombres es terriblemente precisa: nos está diciendo que los fundamentos en los que se apoya nuestra idea del bien, de la salud moral, de la ciencia, son irremediablemente subjetivos y oscilantes; la realidad es lo que *cada uno* cree es la realidad, lo que se considera correcto o aceptable es lo que se corresponde con una ética privada, llamamos error a todo lo que no coincide con nuestro pensamiento, etc. La peor forma de la locura es, pues, la que rige el mundo de la razón; nuestra lógica es nuestra manifestación más delirante. En eso consiste el sarcástico descubrimiento de Bacamarte: «Cada belleza moral o mental era atacada en el punto en que la perfección parecía más sólida; y el efecto era seguro. ¡No siempre lo era!» (p. 78). Finalmente —y ésta es la segunda apoteosis del relato—, después de haber curado a todos los «locos» y haber vaciado la Casa Verde, el médico, seguro de su «perfecto equilibrio mental y moral» (pues ha establecido el de los otros) alcanza la más difícil verdad: reconocer que él, por lo tanto, también está loco.

La tensión y la economía de la estructura, la sabia alternancia de efectos hilarantes, desenlaces imprevistos y elementos de suspenso, el enorme poder alusivo de la fábula, son virtudes realmente admirables de *El alienista*. Pero lo que, sin duda, constituye el primer factor de su perfección es el hallazgo del tono: la voz del autor se escuda tras una prosa que nunca cede un ápice en el delicado control que debe mantener para que los hechos objetivos se vayan desajustando progresivamente de su respectiva significación moral, hasta su total inversión. Usando una técnica central —la hipérbole cómica—, Machado de Assis llega a mostrarnos que, literalmente, el mundo está al revés; o mejor, que es su revés. Las reglas de ese juego que llamamos ficción, son implacables: el autor nos hace ver lo que sus personajes no pueden ver, nosotros sabemos precisamente lo que ellos deberían saber —y eso hace fascinantes sus destinos y aleccionadora la parábola—. Entre ellos y nosotros, sutilmente, se han interpuesto los velos de la impavidez, el sarcasmo y la ambigüedad. Recuerdo aho-

ra que Alfonso Reyes definió la literatura con el título de una obra de Ruiz de Alarcón: *La verdad sospechosa*. *El alienista*, justamente, trata de (o encarna) esa verdad.—JOSE MIGUEL OVIEDO (Los Pinos, 1203. Residencial «San Felipe». LIMA-11, Perú).